

III.—Conquista de los países de Oriente
v Occidente.

DURANTE el primer período de las guerras púnicas y, sobre todo, durante el segundo, los romanos comenzaron la conquista de los países de Oriente y Occidente. Primero, y como precio de la guerra contra *Cartago*, *Roma* se apoderó de *Sicilia*, y luego de *Córcega* y *Cerdeña* (212). Al cabo del segundo período, los romanos conquistaron el Occidente y el Oriente; *Scipión* sólo pudo desembarcar su ejército en *Africa*, dominando la costa oriental y el sur de *España*, de que se habían apoderado los cartagineses. Poco después, los girones del imperio de *Alejandro* caen en manos de los incontrastables conquistadores. El rey de *Macedonia*, *Filipo V* y *Perseo*, (sucesor de *Filipo*), trataron de oponérseles con aquella falange tan temida en tiempos del gran *Alejandro*; pero ni estos degenerados reyes eran como su antecesor, ni los griegos la nación que detuviera el Asia en su avance temerario y la redujera á ser vasalla de Occidente. *Filipo* fué derrotado en *Cinoscéfalos* (197), y *Perseo* en *Pidna*. (168). La *Macedonia* y *Grecia*, después de la destrucción de *Corinto*, fueron reducidas á provincias romanas. (142).

Desde la muerte de *Seleuco*, general de *Alejandro*, el imperio helénico de Asia no había hecho más que declinar; toda la alta Asia se había separado, constituyendo en la antigua *Persia* el reino de los *partos* á *partas*. *Antiocho III*, instigado por Aníbal, y viendo amenazados por los romanos el *Asia Menor* y el *Helesponto* se atrevió á luchar; mas la derrota de *Magnesia* (190), en la que el cónsul *Scipión* (el Asiático) no perdió más que 350 hombres, lo obligó á ceder la mitad de su imperio. Después de esto, *Roma* se apoderó de *Pérgamo*. (129) y demás reinos asiáticos procedentes del desmembramiento del gran Imperio de *Alejandro*; solo *Mitridates*, rey del *Ponto* opuso seria resistencia. Vencido una primera vez por *Sila*, se humilló; mas, torna de nuevo á sublevarse: *Lúculo* lo persigue á través del Asia, y ya estaba para terminar la guerra cuando *Pompeyo* vino á recoger el laurel de la victoria, que otros habían sembrado. (64). *Prusias*, rey de *Bitinia* se pre-

sentaba ante el *Senado* en traje de *liberto*, declarando él mismo su reino propiedad del pueblo romano. La conquista de *Oriente* terminó el año 30 antes de JC. con la ocupación del *Egipto*.

Otra cosa pasó en *Occidente*: la sola sumisión de *España*, comenzada durante las *guerras púnicas*, terminó un siglo después con la toma de *Numancia* (123), que exigió la habilidad y osadía de *Scipión Emilio*, vencedor de *Cartago*. El pastor *Viriato* en *Lusitania* (Portugal) venció cinco ejércitos romanos y obligó al Senado á tratar; éste se libró del rebelde por medio de la traición, mandándolo asesinar. *Córcega*, *Cerdeña* y los *ligures* [montañeses de la costa genovesa], se sublevaban continuamente. En fin, los *galos*, que ocupaban gran parte de la Europa central, reclamaron el genio de *César* [58 á 51], y que tal vez debido á esto solamente pudieron ser atados al carro de la conquista romana; allá en las márgenes del *Save*, del *Sambra* y del *Meusa*, formó el consumado general y hábil político aquellas temibles legiones que le dieron después en los campos de *Parsalia* el imperio del mundo.

CAPITULO V.

Las Guerras Civiles.

I.—Leyes Agrarias.—Los Gracos.

LOS antiguos practicaban el llamado derecho de conquista con todo rigor: bienes raíces, muebles y las mismas personas, pertenecían al conquistador. *Roma* llevó á su última expresión este pretendido derecho; cuando conquistaba un país, dividía el territorio en tres partes: una que dejaba á los antiguos habitantes, con la obligación de pagar tributos en dinero ó en cereales; otra que arrendaba á contratistas, y la que se destinaba á formar parcelas, que los ciudadanos podían ocupar. Estas últimas pertene-

cian, pues, al dominio público; pero como por varias generaciones se dejaron en poder de los primitivos habitantes, éstas las vendieron ó legaron, de modo que no era posible despojarlos sin un trastorno general en toda la república. Unido este trastorno á la tiranía y á las depredaciones de los gobernadores de las provincias (procónsules) y contratistas recaudadores de impuestos (publicanos), ocasionaron aquellas terribles agitaciones que juntamente con la corrupción del *pueblo*, del *Senado* y del *ejército*, conmovieron tan profundamente durante siglo y medio á la república y prestaron tan sombríos colores á sus últimos días.

La primera revolución se verificó en *Roma*, con motivo de las tierras del dominio público [ager publicus], que pertenecían á particulares y que el Estado debía recuperar para distribuir las á los ciudadanos pobres de *Roma*. Se trataba, en suma, de una *ley agraria*. *Tiberio* y *Cayo Graco* pertenecientes á una de las familias más nobles de la ciudad, excitaban á los pobres á formar un partido entre la plebe y arrebatan á las familias nobles sus prerrogativas y sus honores. Para esto propusieron respectivamente, [*Tiberio* en 133, y *Cayo* en 123] una *ley agraria* y distribuciones de trigo. ¿Cómo podía ser que las tierras ocupadas, por quienes se consideraban legítimos dueños, fuesen cedidas por ellos, no más porque pertenecieran al dominio público? ¿Ni cómo determinar cuáles eran estas tierras, si faltaba un catastro territorial? Se nombraron «triunviros del reparto de tierras,» que fueron entonces los *Señores de Roma*; pero por poco tiempo: muy pronto los partidarios del *Senado* [de los nobles] mataron á los trastornadores del orden público. [1].

Estas revueltas en las calles de *Roma* solo sirvieron para quitar su prestigio al *Senado*, sin prestarle ningunas ventajas al pueblo. En un raptó de elocuencia, el mayor de los *Gracos* exclamaba: «Los animales silvestres de *Italia* tienen por lo menos sus guaridas, mientras que los hombres que vierten por élla su sangre, no poseen más que la luz de sus ojos y el aire que respiran, y se les ve vagando, sin casa ni hogar, con sus mujeres é hijos. Los generales que los exhortan á comba-

(1) Cayo quería, además de la distribución de tierras y de trigo, que los jueces salieran de la clase de los caballeros; con lo que daba golpe terrible á la autoridad de los nobles.

tir por sus tumbas y templos, mienten.» ¿«Hay alguno,» continuaba, «que posea el altar sagrado de su familia y la tumba de sus mayores? Los llaman *Señores del mundo* y no son dueños ni de la tierra que pisan.» *Tiberio Graco* tenía razón; pero el mal estaba en otra parte, estaba en la destrucción del primitivo, del verdadero pueblo romano: «pequeños propietarios, campesinos honrados y robustos que formaban al mismo tiempo la asamblea y el ejército.» Solo quedaban nobles ricos que con sus inmensos tesoros compraron los pequeños dominios; y como los antiguos poseedores no pudieron continuar ni como arrendatarios, pues que cultivos y ganados estaban á cargo de los millones de esclavos [que no costaban nada á los grandes Señores] se vieron obligados á vagar sin *quehacer*. «La mayor parte de los jefes de familia» dice *Varrón*, «han penetrado en nuestros muros, dejando la hoz y el arado: sin duda prefieren aplaudir en el circo á trabajar en sus campos y viñedos.»

El pueblo ya no tenía de romano más que el nombre; era una multitud de griegos, sirios, africanos, españoles, galos, etc., que habían ido como prisioneros de guerra y que eran luego emancipados por sus amos; era, así, una mezcla de *libertos* y de los arruinados descendientes del antiguo pueblo romano. Ya *Scipión Emilio*, al ser interrumpido en un discurso por los gritos de la plebe, había dicho: «¡Silencio, falsos hijos de *Italia*! ¡Los que he traído encadenados á *Roma* no me intimidarán jamás, aun cuando ahora estén sueltos.» Con ese pueblo ¿qué podía ser la promesa de una *ley agraria*? Motivo de corrupción electoral y de motines en las calles de *Roma*. Pero no era esto lo más grave, puesto que si la ociosidad y la miseria corrompían á la plebe, el lujo, la molición y la ambición desenfrenada corrompían á los nobles y al *Senado*. Estaban ya muy lejos los tiempos de *Cincinato* y de *Fabricio*; los nobles consideran como propiedad suya los empleos de la administración civil y militar, y compran y venden, convirtiendo el Estado en almoneda. De aquí iban á brotar, como hongos en tierra podrida, las guerras civiles en *Roma*.

DESDE los *Gracos* se formaron en *Roma* dos partidos: la *plebe* y los *nobles*; era á cinco siglos de distancia la lucha entre *patricios* y *plebeyos*, solo que entonces discutían la igualdad de honores y derechos y ahora solamente los guía la ambición y el interés, el deseo de sacar todo el provecho posible para sí, del Estado y la *magistratura*. Los primeros *magistrados* que se disputaron el *poder*, valiéndose de las torcidas intenciones de los partidos, como de una arma, para satisfacer sus ambiciones personales, fueron *Mario* y *Sila*.

Mario era un ciudadano *plebeyo*; pero adquirió la *magistratura* con ayuda de los *nobles*, y luego se volvió contra ellos. En efecto, se había distinguido como teniente de *Metelo* en la guerra contra *Yugurta*, quien había vencido á varios ejércitos romanos, valiéndose de la corrupción; *Mario* se vuelve á *Roma* y denuncia ante el *Senado* la lentitud de las operaciones [á causa de la corrupción], todo con el propósito de obtener su confianza, y es nombrado *Cónsul*. En poco tiempo destroza las bandas indisciplinadas del rey de *Numidia* (*Argel* y *Tunez*) y lo hace prisionero. Un peligro más serio amenaza por aquellos días á la república: inmensas huestes de bárbaros [*Cimbrios* y *Teutones*] salen de los bosques de *Germania* y recorren las provincias de *Occidente* á su antojo, sin que un ejército regular se les oponga, hasta que *Mario* acude desde *Africa*. Los legionarios habían adquirido plena confianza en su general, que en realidad era un militar de genio, y éste había halagado á sus guerreros con el propósito de contar con ellos en caso ofrecido. En dos batallas espantosas [*Aix* y *Verceil*] dadas con intervalo de un año [102 y 101], destruye enteramente aquellas masas de bárbaros que tanto temor infundieran á *Roma*, y desde entonces se convierte en el ídolo del pueblo. Fué nombrado *cónsul* por seis veces seguidas, le tributaron honores magníficos [1] y le apellidaron *Salvador de Roma*

(1) Cuando triunfaba un general romano, el Senado le permitía como un honor insigne, celebrar su victoria ó triunfo con una procesión pomposa y magnífica, que desde las afueras de *Roma* se dirigía al *Capitolio*. Los magistrados y senadores formaban como la descubierta de la columna, luego venían los carros cargados de botín, los cautivos encadenados y á pie, y detrás, en carro dorado, el general vencedor, coronado de laureles.

y la *República*; pero en verdad que *Mario* fué el primer ciudadano y el primer *magistrado* que conspiró contra el orden público y las costumbres, haciéndose elegir *cónsul*, con el poder de un *dictador*, cuantas veces quiso, y dando tierras y enriqueciendo á los guerreros que le eran adictos.

Ya una vez en tan funesta vía, el alud no podía detenerse, sino aumentar más y más hasta arrastrar en su caída la constitución y las leyes. *Sila*, del partido de los *nobles*, que se distinguió en la *guerra social*, cuando varios pueblos de *Italia* se sublevaron contra *Roma*, reclamando el derecho de ciudad, fué nombrado *cónsul* y se le confirió la dirección de la guerra en *Asia* contra *Mitridates*, que se había levantado de nuevo contra la dominación romana [88]. La gloria de *Mario* se ve eclipsada por los destellos que despide la del nuevo caudillo, y éste, y sus partidarios [los nobles], le persiguen, le acosan y le obligan á salir de *Roma*. Fugitivo y puesta á precio su cabeza, *Mario* espera la ocasión de vengarse del Senado y de los nobles, ocasión que no tarda en presentarse, cuando *Sila* se dirigió al *Asia* para combatir contra *Mitridates*; vuelve á *Roma*, se apodera del consulado y decreta horribles proscripciones, condenando á muerte, sin piedad, á sus enemigos. Como sucede siempre, los adictos al poderoso muestran mayor celo y encono que el mismo jefe de partido, y á fuerza de crueldades y venganzas vuelven impopular á *Mario*, que muere en medio de sus desórdenes después de haber obtenido el séptimo consulado [86].

A los pocos años vuelve *Sila* triunfante de *Asia* y derroca á los partidarios de *Mario*, que habían podido sostenerse en *Roma*, gracias al régimen de terror establecido. Mas, ya no hay interregno para la tiranía y para este funesto régimen en la desdichada ciudad: porque si las proscripciones y suplicios decretados por *Mario* fueron terribles, los de *Sila* se convirtieron en matanzas y degüellos sistemáticamente organizados; el poder, los honores, la riqueza y la distinción, eran títulos suficientes para recibir la muerte; la delación y el espionaje, los medios de lograr el Poder y los honores. El tirano devolvió nominalmente sus prerrogativas á los nobles y al *Senado*, conservó por tres años el poder absoluto con el título y las funciones de *Dictador* [cargo que solo fué ejercido en los primeros siglos de la Re-

pública], y luego renunció, retirándose enteramente á la vida privada. No tenía nada que temer: había hecho propietarios á 150,000 veteranos que le fueron siempre fieles. Murió en 78, presa de horrible enfermedad, en su casa de *Cumas*.

III. - Pompeyo y César.

LA muerte de *Sila*, las legiones no obedecían ya al *Senado*; y aunque el *Dictador* quiso devolver á la augusta asamblea su antigua autoridad, su esplendor y su prestigio, no pudo prestarle las virtudes que le faltaban y de que él mismo carecía. Ya no se trataba entonces de saber quiénes eran los magistrados, sino quienes mandaban las legiones. *Sertorio* defendía el partido de *Mario*, *Pompeyo* el del *Senado*; ambos lucharon y triunfó *Pompeyo*. Luego triunfó en *Italia* contra las bandas de esclavos [1] y contra los piratas; pasó al *Ponto* y derrotó definitivamente á *Mitrídates* [2]; organizó en provincias romanas el reino de éste y el *Asia Menor* [Cilicia y Fenicia]; sometió á la influencia romana el pequeño reino de *Judea* [64] y volvió á *Roma* á recibir los honores de un «triunfo» superior al de *Mario*. Todos vieron en él al dueño de la República; pero como *Pompeyo* gustaba más de estos honores que del Poder mismo, dejó su autoridad al *Senado* y compartió con *Craso* la magistratura.

Muy pronto encontró un rival en *Julio César*. *Sila* había dicho: «Hay en *César* más de un *Mario*.» y escapó á las proscripciones, no obstante que pertenecía á

(1) Hubo varias guerras de esclavos, pero la principal fué la que provocó *Espartaco*, gladiador tracio, que fugitivo, logró reunir en torno suyo algunos miles de sus compañeros de infortunio, y venció á tres expediciones que envió el *Senado* en contra suya. Aislados, con todo el poder de *Roma* encima, sucumbieron ante las aguerridas legiones de *Craso*.

(2) Desde el año de 88, *Sila*, primero, y después *Lúculo* habían obligado á *Mitrídates* á tratar; mas, vencido, tornaba á sublevarse, hasta que *Pompeyo*, valido de la traición de *Farnaces*, logró terminar aquella larga guerra.

la familia del gran plebeyo. Se refiere que estaba decorado por el deseo de la gloria y que aspiraba igualar á *Alejandro* [1]. Poco á poco, valiéndose de los desórdenes de la guerra civil y de la corrupción del pueblo, obtuvo todas las magistraturas, empleando toda su fortuna. Aceptó el mando de la guerra de España, sólo para pagar sus enormes deudas. Después de esto, buscó la amistad de *Pompeyo* y la de *Craso* y formó con ellos un *triumvirato* para dirigir el gobierno de la república. *Craso* verificó una expedición contra los *partos* (persas), en la cual pereció; mientras que *César* se dirige á la *Galia*, en donde luchó por más de ocho años. Allí desplegó todos los recursos de su genio y toda la energía de su carácter superior é indomable.

Valiéndose unas veces de la fuerza y otras de la astucia, vence sucesivamente á los *helvecios* (Suiza), á los *germanos* en las márgenes del *Rhin* y á los *belgas* en las del *Sambre*. Sujeta las tribus galas con su táctica, su valor y la disciplina que conserva en sus tropas; pero se sublevan de nuevo, hasta que con la toma de *Alesia* y la derrota de *Vercingetorix*, queda sometida la *Euro-*pa central** á la dominación romana. (51)! Mas, *Pompeyo* y los nobles de *Roma* no podían ver con buenos ojos las victorias de *César*.

Pompeyo y el *Senado* le enviaron delegados al conquistador para que le obligaran á dejar su ejército y á presentarse á *Roma*; *César* se dirigió á *Italia*, pero al frente de sus legiones. Al pasar el *Rubicón*, riachuelo que limitaba las enormes provincias de que era gobernador, exclamó: «Que se cumpla el destino.» *Pompeyo*, desprevenido, confiando en las fuerzas del *Senado* y de la presuntuosa nobleza, que no existían en *Italia*, huyó á *Grecia*. El ejército fiel á *Pompeyo* había quedado en *España* á las órdenes de sus tenientes, mientras que él permanecía con unos cuantos miles de nobles romanos al otro lado del Adriático. Fácil le fué al caudillo vencer á las legiones del *Senado* en *España* (49), para caer

(3) Se cuenta que un día encontraron á *César* conmovido al leer las proezas de *Alejandro*; y como le preguntaran cual era la causa de su emoción, contestó: «Cómo no ha de causarme dolor la idea de que ya para mi edad *Alejandro* había conquistado el mundo, mientras que yo no he hecho nada memorable.» Otra vez al atravesar una miserable aldea de los *Alpes*, exclamó: «preferiría ser el primero aquí, á ser el segundo en *Roma*.»

luego victorioso sobre *Pompeyo* en *Farsalia* (48). No era posible que sus jóvenes nobles resistieran á los legionarios de *César* (1).

El conquistador recorrió, sembrando la victoria, el *Asia Menor* (donde derrotó á Farnace, hijo de Mitridates), el *Africa*, apoderándose del Egipto, y *España* en que destrozó el ejército de *Sexto* (hijo de Pompeyo). Después de esto, volvió á *Roma*; sus proezas habían igualado á las de Alejandro: el pueblo le tributó honores divinos. Prodigó espectáculos y juegos, decretó distribuciones de trigo y de dinero, y deslumbró con sus liberalidades, manteniendo á todos sumisos, sin mancharse, como *Mario* y *Sila*, con la sangre de sus enemigos.

Pero la *República*, aquellas instituciones que habían dado tanto brillo y tanta gloria al nombre romano, desaparecieron para siempre; *Bruto* y *Casio*, creyendo que el mal residía en el poder y la ambición de *César*, tramaron una conspiración y le dieron muerte en el Capitolio. (44 a. de JC).

IV.—Antonio y Octavio.

LA república no existía. Los generales luchaban por saber á quién pertenecería el mando absoluto; y así como *Mario* tuvo por enemigo á *Sila*, y *Pompeyo* á *César*, *Antonio* (lugarteniente de éste y jefe de las legiones) tuvo por adversario al sobrino de *César*, al astuto *Octavio*. Primero luchan, y luego se unen estos dos caudillos, y forman con *Lépid*o (general de la caballería) un segundo triunvirato, para gobernar de común acuerdo las provincias. *Cicerón*, el romano más ilustre por su sabiduría y elocuencia, perece en esta liga funesta, sacrificado en prueba de

(1) Dícese que impaciente César por llegar frente al enemigo, se embarcó casi solo, y llegó al Epiro mucho antes que sus legiones. Viendo que no llegaban, se propone buscarlas personalmente; toma una barquilla y pronto estalla una furiosa tormenta; el barquero se atemoriza, y el caudillo le anima, diciéndole: «¿Qué temes? ¡Llevas á César! ¿Quid times? Cessarem vehis».

unión por *Octavio* al rencoroso *Antonio*. (1). Los *triumvros* se proponen acabar con el partido republicano, con *Bruto* y *Casio* que se hallaban en *Macedonia* á la cabeza de cien mil hombres. En los célebres campos de *Filipos* se decide la contienda: *Bruto* y *Casio* son derrotados y se suicidan; *Octavio* y *Antonio* quedan dueños del mundo. (42).

Los dos ambiciosos no cabían en *Roma*: *Octavio* quedó en Occidente, y *Antonio* se dirigió á Oriente. No podían permanecer de acuerdo mucho tiempo; la batalla de *Accio* (Lepanto) dió el Imperio á *Octavio* (31). *Antonio* y *Cleopatra* huyeron á Egipto, donde se dieron muerte, para no servir de trofeos al vencedor. El sobrino de *César* fué entonces el único dueño del mundo.

CAPITULO VI.

Letras, Artes y Ciencias en Roma.

I.—Letras.—Literatura Romana.

LOS romanos no crearon nada en literatura. Durante muchos siglos fueron rudos campesinos, ocupados en cultivar sus tierras y en combatir. Todavía en tiempo de *Catón* (200), el ideal de la vida romana era «ser buen agricultor, buen soldado, enemigo del lujo y amigo del lucro.» Pero no era posible que se mantuvieran más tiempo estas costumbres y estas virtudes, tan frías al mundo. Los cónsules que habían ido á *Grecia* y á *Oriente*, *Flaminio*, *Scipión*, *Paulo Emilio*, fueron aficionándose á las comodidades, al lujo y á los placeres del espíritu: un siglo después, todos imitaban en

(1) *Cicerón*, adicto siempre á la libertad, pronunció contra *Antonio* terribles discursos, cuando éste trató de apoderarse del mando supremo; *Octavio* lo favorecía en esta cruzada, pero por interés personal. Tan pronto como se entendió con *Antonio*, lo sacrificó entregándolo.